

Posfacio

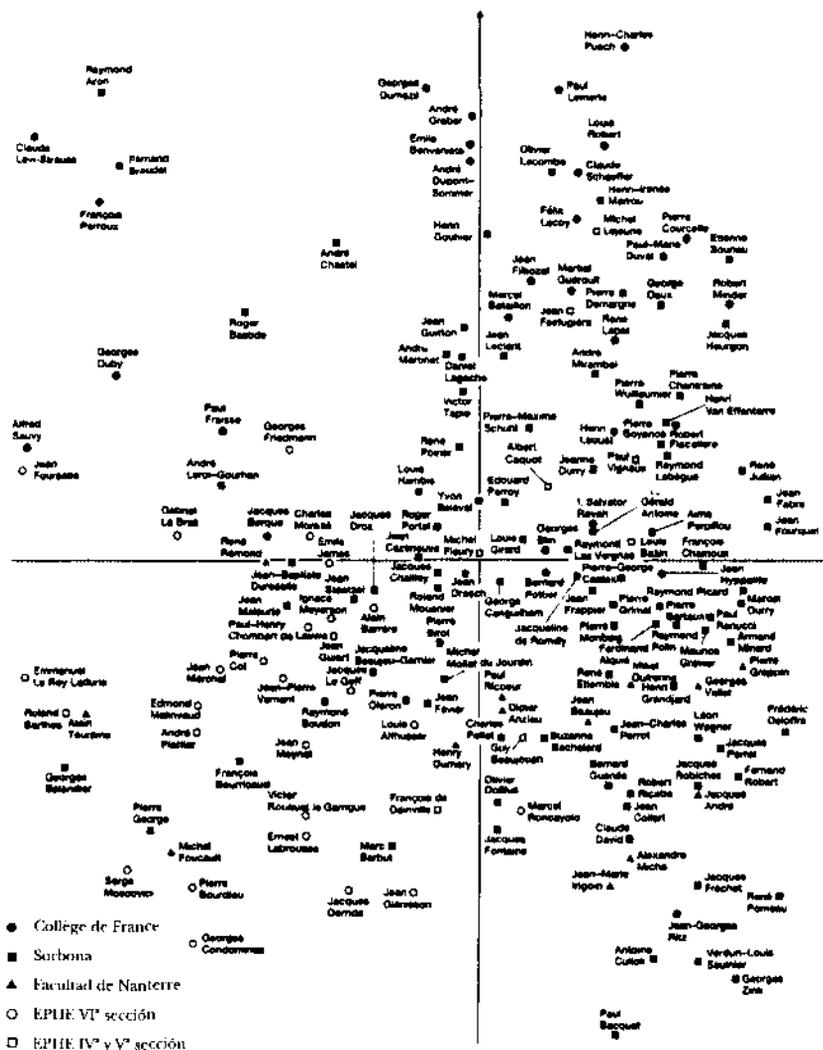
Veinte años después

Resultado de la reflexión crítica sobre la práctica científica que he llevado adelante sin cesar en la investigación misma,¹ el análisis sociológico del mundo universitario apunta a hacer caer al *Homo academicus*, clasificador entre los clasificadores, en sus propias clasificaciones. Situación de comedia, la del embaucador embaucado, la del burlador burlado, que a algunos, para darse miedo o para dar miedo, les gusta tomar trágicamente. Por mi parte, pienso que la experiencia cuyos resultados este libro presenta tal vez no es tan diferente de aquella que David Garnett le presta al héroe del relato titulado "A man in the zoo": de resultas de una pelea con su amiguita, en su desesperación un joven le escribe al director del zoológico para ofrecerle un mamífero ausente de su colección: él mismo. Lo ponen en una jaula, al lado del chimpancé, con una etiqueta que dice: "Homo sapiens. Este espécimen fue donado por John Cromantie, abogado. Se ruega a los visitantes no irritar al hombre con observaciones personales".

El sociólogo que toma como objeto su propio mundo, en aquello que tiene de más próximo y familiar, no debe, como hace el etnólogo, domesticar lo exótico, sino exotizar —si se me permite la expresión— lo doméstico mediante una ruptura de la relación primera de intimidad con modos de vida y de pensamiento que le resultan extraños precisamente por demasiado familiares. Este movimiento hacia el mundo originario, y ordinario, debería ser la culminación del movimiento hacia los mundos extranjeros y extraordinarios. Esto no ocurre prácticamente nunca: tanto en Durkheim como en Lévi-Strauss, no es cuestión de someter al análisis las "formas de clasificación" que el científico pone en funcionamiento ni de buscar en las estructuras sociales del mundo universitario (que sin embargo Durkheim había analizado magistralmente en *La evolución pedagógica en Francia*) los fundamentos de las cate-

1 Cf. por ejemplo P. Bourdieu, "Célibat et condition paysanne", *Études rurales*, abril-septiembre de 1962, pp. 32-136.

El espacio de las facultades de letras y de ciencias humanas.
Análisis de correspondencias: plano del primer y del segundo eje
de inercia-individuos



Se ha adoptado, para indicar la pertenencia principal de los profesores unidos a muchas de las instituciones retenidas en la población madre, la jerarquía socialmente admitida, que asigna, por ejemplo, al Collège de France o a la Sorbona aquellos que pertenecen a la vez al Collège de France o a la Sorbona y a la École Pratique des Hautes Études.

gorías del entendimiento profesoral. Por lo demás, la ciencia social puede esperar sus progresos más decisivos de un esfuerzo constante por proceder a una crítica sociológica de la razón sociológica: debe trabajar para reconstruir la génesis social no solamente de las categorías de pensamiento que pone consciente o inconscientemente en operación, tales como los pares de términos opuestos que tan a menudo orientan la construcción científica del mundo social, sino también de los conceptos que utiliza y que con frecuencia son nociones de sentido común introducidas sin examen en el discurso docto (como la noción de *profesión*, aquí tácitamente recusada) o de los problemas que se plantea y que en más de un caso no son más que una forma más o menos doctamente disfrazada de los “problemas sociales” del momento, “pobreza” o “delincuencia”, “fracaso escolar” o “tercera edad”, etcétera.

No es posible ahorrarse el trabajo de objetivación del sujeto objetivante. Es tomando como objeto las condiciones históricas de su propia producción, y no mediante una forma cualquiera de reflexión trascendental, como el sujeto científico puede procurarse un cierto dominio teórico de sus estructuras y de sus inclinaciones, así como de las determinaciones de las que aquellas resultan, asegurándose al mismo tiempo el medio concreto para redoblar sus capacidades de objetivación. Sólo un socioanálisis, que no le debe nada ni le concede nada a la complacencia narcisista, puede contribuir realmente a poner al investigador en situación de dirigir al mundo familiar la mirada distante que el etnólogo arroja espontáneamente sobre un mundo al que no está ligado por la complicidad inherente a la pertenencia a un juego social, esa *illusio* que hace al valor totalmente real de lo que está en juego y del juego mismo.

Analizar científicamente el mundo universitario es tomar como objeto una institución que es reconocida socialmente como una institución basada en operar una objetivación que aspira a la objetividad y a la universalidad. Lejos de conducir a un cuestionamiento nihilista de la ciencia, como algunos análisis llamados posmodernos que no hacen más que poner al gusto del día, ataviándolo con un aire de *french radical chic*, el viejo rechazo irracionalista de la ciencia, y muy especialmente de la ciencia social, enmascarado como denuncia del “positivismo” y del “cientificismo”, esa suerte de experimentación sociológica aplicada al trabajo sociológico mismo apunta a mostrar que la sociología puede escapar al círculo historicista o sociologista, y que para ello basta servirse del conocimiento que ella proporciona del mundo social en el que se produce la ciencia para intentar dominar los efectos de los determinismos sociales que se ejercen sobre ese mundo y, excepto en caso de una vigilancia extrema, sobre el discurso científico mismo. Dicho de otra manera,

lejos de destruir sus propios fundamentos cuando saca a la luz las determinaciones sociales que la lógica de los campos hace pesar sobre todas las producciones culturales, la sociología reivindica un privilegio epistemológico: el que le asegura el hecho de poder invertir en la práctica científica, bajo la forma de un redoblamiento sociológico de la vigilancia epistemológica, sus propias conquistas científicas.

¿Qué beneficio científico puede haber en intentar saber lo que implica el hecho de pertenecer al campo universitario, sitio de una permanente competencia a propósito de la verdad del mundo social y del mundo universitario mismo, y ocupar en él una posición determinada, definida por un cierto número de propiedades, una formación, títulos, un estatuto, con todas las solidaridades o las adherencias asociadas? En primer lugar, es darse una oportunidad de neutralizar conscientemente las probabilidades de error que están inscritas en una posición entendida como punto de vista que implica una perspectiva, y por lo tanto, una forma particular de lucidez y de ceguera. Pero sobre todo, es descubrir los fundamentos sociales de la propensión al teoricismo, o al intelectualismo, que es inherente a la posición misma del científico, libre de retirarse del juego para pensarlo, y con la ambición, socialmente reconocida como científica, de adoptar sobre el mundo una visión aérea, trazada a partir de un punto exterior y superior. La mala fe de las resistencias que le niegan a la ciencia, cuando ella se aplica a los mundos doctos, aquello que sin gran dificultad se concede al objetivismo estructuralista cuando se lo ejerce sobre un "pensamiento salvaje" que se supone oscuro para sí mismo, es algo evidente; esa mala fe no debe impedir preguntarse, sin embargo, si en este caso la voluntad de saber no está animada subterráneamente por una forma particular de voluntad de poder, que se afirma en el hecho de pretender adoptar sobre los competidores reducidos al estado de objetos un punto de vista que ellos no pueden o no quieren adoptar sobre sí mismos. Pero poco importa, en realidad, la intención de la empresa, que funciona como un engranaje generador de *problem situations*, como diría Popper. La tendencia a olvidar inscribir en la teoría completa del mundo analizado la distancia entre la experiencia teórica y la experiencia práctica de ese mundo halla su correctivo en la visión inevitablemente reflexiva que impone el análisis sociológico de las condiciones sociales del análisis sociológico. La construcción objetiva, e incluso objetivista, de las estructuras de un mundo en el cual el propio responsable del trabajo de objetivación resulta inserto y del que tiene una representación primera que puede sobrevivir al análisis objetivo, revela por sí misma su propio límite. Se choca, por ejemplo, con las estrategias de defensa, individuales o colectivas, que a menudo adoptan la

forma de un trabajo de negación, y por las cuales los agentes apuntan a mantener la existencia, para sí mismo y para los otros, de las representaciones del mundo social en desacuerdo con aquella que la ciencia construye por medio de una totalización que está excluida, de hecho o de derecho, de la existencia ordinaria. Ella obliga a percibir que los dos abordajes, estructuralista y constructivista (entendiendo por ello una forma de fenomenología de la experiencia primera del mundo social y de la contribución que ésta aporta a la construcción de dicho mundo), son dos momentos complementarios de una misma andadura. Si los agentes contribuyen efectivamente a construir las estructuras, ello es, en cada momento, dentro de los límites de las coerciones estructurales que se ejercen en sus actos de construcción a la vez desde afuera, a través de los determinantes asociados a su posición en las estructuras objetivas, y desde dentro, a través de las estructuras mentales –las categorías del entendimiento profesoral, por ejemplo– que organizan su percepción y su apreciación del mundo social. Dicho de otro modo, aunque no sean nunca otra cosa que perspectivas adoptadas a partir de puntos de vista que el *analysis situs* objetivista constituye como tales, las visiones parcelarias y parciales de los agentes involucrados en el juego y las luchas individuales o colectivas por las cuales apuntan a imponerlas forman parte de la verdad objetiva de ese juego, y contribuyen activamente a conservarlo o a transformarlo, dentro de los límites impuestos por las coerciones objetivas.

Una obra que apunte a explicar un recorrido iniciático orientado a una reapropiación de sí que no se obtiene, paradójicamente, sino por la objetivación del mundo familiar, está destinada a ser leída de un modo diferente por lectores que participan de ese mundo y por lectores ajenos a él. Y ello aunque tenga la particularidad, dado su objeto, de aportar consigo su propio contexto –a diferencia de lo que ocurre de ordinario, en la circulación internacional (y también intergeneracional) de las ideas, donde los textos se transmiten sin su contexto de producción y de utilización, apelando a una lectura llamada “interna” que los universaliza y los eterniza desrealizándolos por el hecho de relacionarlos en todo momento tan sólo con el contexto de recepción–.² Se puede suponer que, a diferencia del lector nativo que, en cierto sentido, com-

2 Por ello, los autores resultan reducidos (más o menos completamente según la información del lector) a la obra que lleva su nombre: resultan despojados de todas las propiedades sociales asociadas a su posición en su campo de origen, es decir, de la dimensión más institucionalizada de su autoridad y de su capital simbólico (pudiendo servir los prefacios, llegado el caso, para restaurar, a través de una transferencia, el capital simbólico

prende demasiado, pero puede verse llevado a resistirse a la objetivación, el lector extranjero, debido a que no tiene (al menos a primera vista) nada directamente en juego en el juego que describe, estará menos inclinado a resistirse al análisis. Tanto más cuanto, así como sucede que uno se ríe en el teatro, sin reconocerse, del retrato de sus propias taras, él siempre podrá esquivar los cuestionamientos encerrados en situaciones o en relaciones que conoce bien sin considerar, para tomar mejor distancia, más que los rasgos visiblemente exóticos, pero tal vez también los menos significativos, de tradiciones académicas remitidas así al estado de arcaísmos.³ En realidad, *mutatis mutandis*, el lector extranjero se encuentra ante la misma alternativa que el lector nativo (y el sociólogo mismo): puede servirse de la objetivación de un mundo del que participa al menos por analogía (como lo testimonian las solidaridades internacionales entre ocupantes de posiciones equivalentes en campos nacionales diferentes) para reforzar los instrumentos de defensa de la mala fe, acentuando las diferencias que hacen a la singularidad de la especie *homo academicus gallicus*; por el contrario, puede buscar en ello instrumentos de autoanáli-

amenazado). La libertad, que de ese modo resulta sometida al juicio, es muy relativa debido a que los efectos de autoridad pueden continuar ejerciéndose por intermedio de las solidaridades entre ocupantes de posiciones homólogas en campos científicos nacionales diferentes, y en particular, entre dominantes: éstos pueden aprovechar el poder que detentan sobre los flujos de traducciones y sobre las instancias de consagración para asegurar transferencias internacionales de poder universitario y también para controlar el acceso al mercado nacional de los productos capaces de amenazar su propia producción. Por otra parte, esta libertad relativa tiene como contraparte el peligro de *quid pro quo* y la alodoxia que conlleva la ignorancia del contexto: así es como, por ejemplo, algunos ensayistas pueden eclipsar en el extranjero a los astros de primera magnitud de los que toman prestado el principio mismo de su irradiación.

- 3 No faltarán lectores extranjeros que, a falta de saber adoptar sobre el propio mundo la mirada desapegada del extranjero, encontrarán en este libro surgido de un esfuerzo metódico por acceder a esa mirada sin perder los beneficios de la familiaridad, una ocasión de reforzar la confianza originaria en su propio mundo —la que se expresa con total ingenuidad en ciertas obras escritas por autores extranjeros a propósito de Francia y de su universidad—. El paradigma de esta sociología que instituye el etnocentrismo como método (y que puede ser el producto de emigrados que tienen que justificar, a sus propios ojos, el hecho de su emigración) es una obra de Terry Clarck que mide a la universidad francesa con un conjunto de criterios no analizados que no son otra cosa que rasgos idealizados de la universidad norteamericana (cf. T. Clarck, *Prophets and Patrons. The French University and the Emergence of the Social Science*, Cambridge, Harvard University Press, 1973).

sis, ateniéndose a las invariantes del género *homo academicus* o, mejor, instruyéndose mediante aquello que sobre sí mismo le revela la objetivación, un poco cruel a primera vista, de una de las posiciones del *homo academicus gallicus* que es homóloga a la suya en su propio campo. Para favorecer la segunda lectura, la única según mi parecer conforme a la epistemología de la obra, habría que proponer ya sea un conjunto construido de reglas de transformación que permita pasar metódicamente de una tradición histórica a otra,⁴ o bien, por lo menos, y más modestamente, puntos de partida para la transposición: pienso, por ejemplo, en el análisis de los fundamentos objetivos y subjetivos de la gestión del tiempo que permite mantener la jerarquía de los poderes, es decir “el orden de las sucesiones” sobre el cual reposa la perpetuación del orden social en el tiempo.

La virtud científica (y tal vez también ética) de la noción de campo reside sin duda en el hecho de que tiende a excluir esas objetivaciones parciales y unilaterales de lo impensado de los otros, competidores o adversarios, con las que se identifica la “sociología de los intelectuales” y que sólo difieren de la sociología espontánea del qué dirán intelectual por su pretensión de “neutralidad ética” de la ciencia, que hace de todo ello verdaderos abusos de poder simbólico. Así es por ejemplo que, cuando, en el clásico del género, *L'Opium des intellectuels*, Raymond Aron se propone reducir a causas las razones de sus adversarios del momento y describe los determinantes sociales de las tomas de posición éticas o políticas de aquellos que él denomina los intelectuales (excluyéndose evidentemente de la clase estigmatizada), es decir Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y los otros “intelectuales de izquierda”, no se interroga para nada sobre el punto de vista a partir del cual opera esta objetivación soberana —no más por otra parte que la propia Simone de Beauvoir en el artículo simétrico e inverso que ella consagra aproximadamente en el mismo momento, y con la misma certidumbre ética, al “pensamiento de derecha”—⁵ en su interesada lucidez, ignora el espacio en el que está situado, como aquellos cuya ceguera denuncia, y en el seno del cual se define la re-

4 En cada punto del análisis, y en lo que concierne por ejemplo a la distancia entre el campo universitario y el poder político o económico que, parece, es (o al menos era) más grande, por razones históricas, en Francia que en ningún otro país, habría que examinar lo que es variable y lo que es invariante e intentar descubrir en la variación de los parámetros tomados en cuenta en el modelo, el principio de las variaciones observadas en la realidad.

5 Cf. S. de Beauvoir, “La pensée de droite aujourd’hui”, *Les Temps Modernes*, n. 112-113 y 114-115, 1985, pp. 1539-1575 y 2219-2261.

lación objetiva que lo une con ellos y que está en el principio de sus visiones [*vues*] y de sus equivocaciones [*bévues*].

La ruptura con la buena conciencia de las objetivaciones inconscientes de su propio principio está implicada en la construcción del campo de producción que sustituye la polémica de la toma de partido disfrazada de análisis por la polémica de la razón científica contra sí misma, es decir, contra sus propios límites. Es sólo por una abstracción injustificable (en este caso sería posible hablar de reducción) que se busca el principio de la comprensión de las producciones culturales en esas producciones mismas, tomadas aisladamente y más allá de sus condiciones de producción y de utilización, como lo quiere la tradición del *discourse analysis* que, en las fronteras de la sociología y de la lingüística, equivale hoy a formas indefendibles de análisis interno. El análisis científico debe operar la puesta en relación de dos conjuntos de relaciones, el espacio de las obras o de los discursos como tomas de posición diferenciales y el espacio de las posiciones ocupadas por aquellos que los producen. Esto quiere decir que, por ejemplo, una u otra de las obras que fueron producidas por universitarios a propósito de las jornadas de Mayo del 68 no entregan su sentido a menos que se las recoleque, según el principio de la intertextualidad, en el espacio de las obras que abordan ese asunto, en el interior del cual se definen sus propiedades simbólicas pertinentes, y si se relaciona ese espacio con el espacio homólogo de las posiciones ocupadas por sus autores en el campo universitario. Todo lector familiarizado con esa literatura podrá verificar, remitiéndose al diagrama del análisis de las correspondencias,⁶ que las diferencias observadas entre los autores en la distribu-

6 Consciente de que el análisis del campo universitario que se propone en este libro perdería gran parte del interés que puede presentar para todos aquellos que se interesan en la producción cultural francesa de los últimos veinte años si no se hallaran en posición de leer el espacio de las obras y de las corrientes que se dibuja en filigrana detrás del espacio de las posiciones, he decidido dar con todas las letras los nombres de los universitarios estudiados en lugar de dejarlos en el cuasi anonimato de las iniciales, como lo había hecho en la edición inicial para evitar el efecto de denuncia o de "pescarlos" que, con el tiempo (han pasado veinte años) y la distancia que da la mirada foránea, debería estar hoy atenuado. El diagrama del espacio de las propiedades que corresponde al diagrama de los individuos se encuentra en la página 112. Si el lector desea actualizar mentalmente el esquema, le bastará tener en mente que la edad contribuye fuertemente a la segunda dimensión (vertical) del espacio y que los ocupantes más jóvenes, en el momento de la encuesta, de la región inferior del espacio (sobre todo el sector izquierdo) sin duda ocuparían hoy posiciones más elevadas y mucho más dispersas en la primera dimensión (ya que las

ción de los poderes y de los prestigios corresponden a las diferencias, buscadas o no, que manifiestan no solamente en su juicio global sobre los acontecimientos sino también en su manera de expresarlos. La hipótesis de que existe una homología casi perfecta entre el espacio de las tomas de posición, concebido como espacio de formas, de estilos, de modos de expresión tanto como de contenidos expresados, y el espacio de las posiciones ocupadas por los autores en el campo de producción, halla su confirmación más notable en el hecho, que saltará a la vista de todos los observadores familiarizados con el detalle de los acontecimientos universitarios de 1968, de que la distribución en el campo universitario construido tomando en cuenta *exclusivamente* las características más típicamente universitarias de los diferentes profesores (institución de pertenencia, títulos escolares, etc.) corresponde de manera muy estrecha a la distribución según las posiciones políticas o las afiliaciones sindicales e incluso según las tomas de posición durante las jornadas de Mayo. Así es como el director de la École Normale, Robert Flacelière, que se opone muy firmemente al movimiento estudiantil, está rodeado, en el diagrama, por los nombres de los profesores que han firmado mociones de apoyo en favor de su acción, mientras que aquellos que han adoptados posiciones favorables al movimiento se sitúan todos en la región opuesta. Esto significa que, al contrario de lo que de ordinario se cree, las tomas de posición políticas no son las que determinan las tomas de posición sobre las cosas de la universidad, sino que son las posiciones en el campo universitario las que orientan las tomas de posición sobre la política en general y sobre los problemas universitarios, dando por entendido que la parte de autonomía que, a pesar de todo, se le ha dejado al principio propiamente político de producción de las opiniones, varía según el grado en que ello concierne a los intereses asociados a la posición en el campo universitario o, si se trata de dominantes, los amenaza.

Pero se podría llegar más lejos y reintroducir en el modelo no solamente las tomas de posición políticas sino también las obras mismas, consideradas en sus propiedades más visiblemente sociales como el género o el lugar de edición, y en su asunto y su forma: así, por ejemplo, la distribución de las obras según su grado de conformidad con las normas académicas corresponde de manera muy visible a la distribución de los autores según la pose-

posiciones relativas de los más jóvenes en esta dimensión indican las direcciones en las que sus trayectorias, provisionalmente poco diferenciadas, tienen todas las probabilidades de orientarse, hacia el polo del prestigio intelectual para aquellos que están más a la izquierda, hacia el polo del poder temporal para aquellos que están más a la derecha).

sión de poderes propiamente universitarios. Y para dar una idea más concreta de esta relación, evocaré solamente la perplejidad de ese joven visitante norteamericano a quien yo tenía que explicar, a comienzos de los años setenta, que todos sus héroes intelectual, Althusser, Barthes, Deleuze, Derrida, Foucault, sin hablar de los profetas menores del momento, ocupaban posiciones marginales en la universidad que a menudo les impedían dirigir oficialmente trabajos (en cuanto a muchos de ellos, no habían producido ninguna tesis, al menos de forma canónica, y por eso no podían dirigirlas).

Si uno se detiene en el caso de estos filósofos, que tienen más posibilidades de resultar familiares a los lectores anglosajones, se puede ver que el conocimiento de la estructura del espacio global en el cual están situados permite ponerse de alguna manera *en su lugar* en el espacio social, mediante una verdadera objetivación participante que no tiene nada de una polémica reduccionista, y reconstruir el *punto de vista* a partir del cual se ha definido su proyecto intelectual. Como puede verse en el diagrama (donde se sitúan todos en el sector inferior izquierdo), ellos estaban atrapados en una doble relación: por un lado, la relación con el polo temporalmente dominante, con la filosofía de institución, fijada en el tiempo inmóvil de los cursos orientados por el eterno retorno de los temas de concurso, encarnado por los profesores universitarios que controlan los órganos de reproducción del cuerpo, instancias encargadas de la selección de los profesores de la enseñanza secundaria, como el concurso de agregación, o de la enseñanza superior, como el comité consultor de las universidades; por el otro, la relación con el polo "intelectualmente" dominante, ocupado por todos los grandes maestros de las ciencias humanas y dominado por la figura de Lévi-Strauss.

En la relación con el gran sacerdocio filosófico de la Sorbona que, como la mayoría de ellos, salió del "gran seminario" laico que es la École Normale Supérieure, cumbre de toda jerarquía académica, estos filósofos aparecen como heréticos de la Iglesia o, si se prefiere, como suertes de *free-lance intellectuals* instalados en la universidad misma o al menos, para hacer un juego de palabras a lo Derrida, en los márgenes o en los peldaños de un imperio académico amenazado desde todas partes por la invasión de los bárbaros (ésta es, por supuesto, la visión de los dominantes). Casi totalmente privados o libres de los poderes y de los privilegios, pero también de las cargas y obligaciones del profesor ordinario (jurados de concursos, dirección de tesis, etc.), están fuertemente ligados al mundo intelectual, y especialmente a las revistas de vanguardia (*Critique*, *Tel Quel*, etc.) y al periodismo (especialmente a *Le Nouvel Observateur*): Michel Foucault es sin duda el más representativo de esta posición, puesto que, hasta el final de su vida, e incluso cuando se había conver-

tido (de acuerdo con la encuesta), en profesor del Collège de France, siguió estando casi completamente despojado de poderes propiamente académicos e incluso científicos, y por lo tanto, de la clientela que esos poderes proporcionan, incluso si la notoriedad le aseguraba una influencia considerable sobre la prensa y, a través de ella, sobre todo el campo de producción cultural. La marginalidad de esta posición, más marcada aún en Althusser o Derrida, que ocupaban puestos menores en la École Normale, evidentemente no carece de relación con el hecho de que todos esos heréticos llamados a convertirse en heresiarcas tienen en común, más allá de las diferencias, las divergencias y a veces los conflictos que los separan, una suerte de *talante antiinstitucional* homólogo en su orden al de una fracción importante de los estudiantes: se ven llevados a vivir con impaciencia el desfase entre su renombre, ya grande, afuera, es decir fuera de la universidad y también fuera de Francia, y el estatuto infravalorado que les concede adentro, con la complicidad de sus desdenes y de sus rechazos, una institución que, cuando adolescentes, los había atraído y consagrado.⁷

Si había que comenzar por considerar el polo más oscuro, es porque éste tiene todas las probabilidades de escapar a la mirada foránea y al analista superficial (sin hablar del polemista que se encuentra situado en él). Sin embargo, no solamente a título de contraste, sino también en tanto que adversario al que hay que arrancarle, mediante una lucha continua, el derecho de vivir o de sobrevivir, sin duda ha jugado un papel determinante, al igual que la vieja Sorbona frente al equipo de los *Annales*, en la constitución o el reforzamiento de las disposiciones éticas o políticas que definirán la orientación general de las obras. No deja de ser cierto que es sobre todo en relación con el otro polo, el de las ciencias del hombre triunfantes, encarnadas por Lévi-Strauss —quien rehabilita esas disciplinas tradicionalmente despreciadas por los normalistas filósofos y quien las instituye como modelo de la realización intelectual—, que deben redefinirse proyectos filosóficos que se habían constituido inicialmente, entre 1945 y 1955, por referencia a la tradición fenomenológica y existencialista, y a la figura del filósofo dotada por Sartre de una estatura ejemplar, y también y sobre todo contra ella. La adopción, en lugar de la expresión banal y restrictiva “etnología”, del término *antropología* que, to-

7 La Universidad de Vincennes, creada después de 1968, cristalizó la nueva manera de vivir la vida intelectual e instituyó en la universidad misma, para gran escándalo de los defensores de la antigua universidad, una versión de la vida intelectual que, en otros tiempos, habría sido relegada a las revistas intelectuales o a los cafés de la bohemia.

mado de la tradición anglosajona, está cargado también de todos los prestigios de un gran pasado filosófico alemán (Foucault traduce y publica, por esos años, la *Antropología* de Kant), simboliza el formidable desafío que las ciencias sociales, a través de su representante más eminente, lanzan a la filosofía, hasta ese punto soberana, y que se afirma directamente en la confrontación entre Lévi-Strauss y Sartre, primera impugnación real de un largo reinado absoluto sobre el conjunto del campo intelectual. En efecto, si bien es cierto que, en la generación precedente, Sartre y Merleau-Ponty habían debido contar también con las ciencias del hombre, se encontraban en una posición incomparablemente más fácil, puesto que, debido al sometimiento de la escuela durkheimiana y al estatuto muy inferior de una sociología empírica todavía en estado incipiente y "comprometida", en aquellos tiempos de fuerte politización, por sus orígenes norteamericanos, sólo tenían frente a ellos una psicología "cientificista" (con la excepción representada no obstante por Piaget) y un psicoanálisis sin influencia (a pesar de la presencia en la Sorbona de Lagache, condiscípulo de Sartre y Merleau-Ponty en la École Normale).

De allí en más, son las ciencias del hombre en su conjunto las que ocupan la posición simbólicamente dominante y colocan a los representantes de la filosofía, amenazada no solamente en su posición de "disciplina de la coronación", como dice Jean-Louis Fabiani, sino también en su identidad intelectual y su programa de investigación, ante una situación totalmente nueva: es la lingüística, verdadera disciplina faro, con Benveniste, y virtualmente Jakobson, consagrado por Lévi-Strauss, y, con menor peso, Martinet; es la "antropología", con Lévi-Strauss, reforzado por Dumézil; es la historia, con Braudel quien, consagrado filosóficamente desde hace mucho tiempo por la larga discusión que Sartre le había concedido a su *Méditerranée*, trabaja para crear las bases institucionales de las ciencias del hombre renovadas e integradas, con la sexta sección de la École Pratique des Hautes Études, su consejo científico prestigioso (se encuentra allí a Lévi-Strauss, Aron, Le Braz, Friedmann), sus centros de investigación en pleno desarrollo, sus revistas (entre ellas, *Les Annales*, heredados de Marc Bloch y Lucien Febvre, y *L'Homme*, fundada por Lévi-Strauss, que suplanta a los viejos *Temps modernes*, relegados al ensayismo partisano y parisino), y, muy pronto, su alto lugar parisino, la Maison des Sciences de l'Homme; es el psicoanálisis con Lacan quien, social y simbólicamente aliado a Lévi-Strauss y a Merleau-Ponty, detenta un peso muy grande en el campo (a pesar de que no se lo haya incluido en el análisis de las correspondencias, y por lo tanto en el diagrama, debido a que no ocupaba ninguna posición oficial en la universidad —la negativa a autorizarlo a dar un curso en la École Normale Supérieure había estado en el origen de la

revuelta contra Flacelière-); es la sociología misma que, aunque relegada al último puesto de las nuevas grandes potencias intelectuales, consigue, a través de Raymond Aron y sus polémicas contra Sartre o las nuevas corrientes filosóficas (*D'une Sainte famille à l'autre*), imponerse a una generación de filósofos que aún había disertado sobre los temas lanzados, en el período entre las dos guerras, por la *Introducción a la filosofía de la Historia*.

También habría que detenerse un momento en el caso de Roland Barthes, que trasunta más claramente que otros los efectos de la relación de doble diferencia, característica de la vanguardia de los años setenta: al no contarse entre el número de los elegidos de la institución (no es ni normalista, ni agregado, ni "filósofo"), puede, movido sin duda por el oscuro sentimiento de revancha del excluido, trabarse en polémicas públicas con los profesores ordinarios (representados para la ocasión por Picard), polémicas que el sentimiento de su propia dignidad estatutaria prohíbe a los más consagrados entre los jóvenes heresiarcas, y también puede manifestar, con respecto a los grandes maestros —que acumulan todos los títulos ordinarios y extraordinarios en su reconocimiento—, una reverencia sin rodeos, que otros no conceden sino en forma mucho más sutil o perversa. Condensando en su persona social las tensiones o las contradicciones inscritas en la posición en discordancia de las instituciones universitarias marginales (como la *École des Hautes Études* "posbraudeliana" o, en diferentes momentos, Nanterre o Vincennes), que tienden a convertir una doble oposición, a menudo asociada a una doble privación, en superación electiva, y que, en tanto lugares de pasaje para unos y de llegada para otros, provocan el momentáneo encuentro de dos trayectorias divergentes, Roland Barthes representa la cima de la clase de ensayistas que, al no tener nada que oponer a las fuerzas del campo, se ven condenados, para existir y para sobrevivir, a flotar a merced de las fuerzas externas o internas que agitan el universo, particularmente a través del periodismo. Evoca la imagen de un Théophile Gautier a quien un contemporáneo describía como "un espíritu que flota en todos los soplos, que vibra con todos los golpes, capaz de recibir todas las improntas y de transmitir las a su vez, pero que necesita ser puesto en movimiento por un espíritu vecino, buscando siempre obtener una consigna, que luego tantos otros han venido a pedirle": como el buen Théo, a quien su amigo Flaubert le reprochaba la falta de "carácter" sin ver que su misma inconsistencia estaba en el principio de su importancia, y de quien cierta persona señalaba que recurriría sucesivamente a un estilo chino, griego, español, medieval, siglo XVI, Luis XIII, Luis XIV, rococó y romántico, Roland Barthes expresa instantáneamente, dando la apariencia de precederlos, todos los cambios en las fuerzas del campo y, a

causa de ello, basta con seguir su itinerario, y sus entusiasmos sucesivos, para ver todas las tensiones que se han ejercido sobre el punto de menor resistencia del campo, donde continuamente hace eclosión lo que se llama la moda.

Está claro que la relación de doble oposición no podía ser vivida sino de modo muy diferente según la posición ocupada en el campo y la trayectoria anterior, como acabamos de verlo a propósito de Roland Barthes, y según el capital propiamente filosófico que podía invertirse en el esfuerzo por superar la tensión que esa relación engendra. Los que, como Althusser y sobre todo Foucault, habían sido expulsados por el rechazo de eso que se llama "filosofía del sujeto" y del "humanismo" asociado a la idea de existencialismo, hacia una tradición de epistemología y de historia de las ciencias y de la filosofía representada por Gaston Bachelard, Georges Canguilhem y Alexandre Koyré (entre otros), estaban predisuestos a reconocerse, con esa pizca de exceso ostentatorio que marca la distancia, con el "positivismo" de los científicos ("El hombre ha muerto"...), en la "filosofía sin sujeto" que Lévi-Strauss, fiel en ello a la tradición durkheimiana, acababa de reafirmar, dándole aires modernistas por la referencia a una noción de inconsciente que reconciliaba a Freud revisado por Lacan, a Saussure resumido por Jakobson y, si no al viejo Durkheim, siempre excluido del círculo cerrado de la filosofía distinguida, a Marcel Mauss, más fácil de acomodar, al costo de algunas reinterpretaciones intelectuales, al nuevo régimen intelectual (Merleau-Ponty, quien jugó un gran papel en la transición entre las dos generaciones intelectuales, en razón de su actitud particularmente abierta y abarcadora con respecto a las ciencias del hombre, especialmente a la biología, la psicología y la lingüística, había escrito un artículo titulado "De Mauss a Lévi-Strauss"). Así es como, por una extraña astucia de la razón intelectual, la filosofía durkheimiana del hombre resultaba rehabilitada, tras la figura más presentable de una antropología legitimada por la lingüística, contra la "filosofía del sujeto" que, en los años treinta, una generación de normalistas, la de Sartre, Aron y Nizan, había afirmado contra, entre otras, la filosofía "totalitaria" de los durkheimianos...

Pero —no hay que dejarse engañar por eso— la referencia a las ciencias del hombre no tiene nada que ver con una adhesión incondicional. Si los filósofos, cada uno a su manera, traicionan toda su reverencia o su dependencia con respecto a las ciencias del hombre, aunque más no sea, como en el caso de Derrida, tomándolas como blanco de su crítica, o tomando prestados de ellas temas (por ejemplo, la crítica de los efectos teóricos del pensamiento por pares), no dejan ellos de marcar, y para empezar en sus respectivos estilos —como ocurre con Foucault, que multiplica las piezas de elegancia acadé-

mica, o con Derrida, que importa al campo filosófico procedimientos y efectos en uso por el lado de *Tel Quel*— su distancia estatutaria con respecto a los practicantes ordinarios de las “ciencias llamadas sociales”, como se complacía en decir Althusser (lo que les vale, evidentemente, un tratamiento diferente por parte de aquellos que los leen y que esperan de la lectura de sus obras la atestación de dignidad que ellos inscriben en su escritura). Y ponen en obra todos los recursos de su cultura para transfigurar, y sin duda en primer lugar a sus propios ojos, la filosofía “historicista” que toman en préstamo de las ciencias históricas al mismo tiempo que un gran número de sus temas, de sus problemas y de su modo de pensamiento. Así es como Foucault encuentra en Nietzsche al garante filosóficamente aceptable de la combinación socialmente improbable de transgresión artística y de invención científica que él lleva a cabo y los conceptos-pantalla que, como el de la genealogía, le permiten cubrir de honorabilidad filosófica una empresa de historia social o de sociología genética. Del mismo modo, como ya mostré a propósito del análisis que consagra a la *Crítica de la facultad de juzgar*, Derrida sabe detener la “deconstrucción” en el punto en el que, al bascular ésta hacia un análisis sociológico condenado a ser percibido como una vulgar “reducción sociologista”, él se deconstruiría a sí mismo en tanto que filósofo.⁸

Dicho esto, que no podría pasar por una verdadera sociología genética de las obras mismas, captadas a partir de los puntos de vista singulares desde los cuales han sido elaboradas (y que las características secundarias, sociales, religiosas o sexuales de los diferentes productores especifican), sería imposible comprender la libertad crítica que les confiere un aire de familia y que hace que sean mucho más que reconversiones más o menos logradas de la empresa filosófica, si uno no viera que ella arraiga en una experiencia particularmente intensa de una crisis particularmente dramática. Las antiguas disciplinas dominantes, la filología, la historia literaria y la filosofía misma, que están amenazadas en sus fundamentos intelectuales por las nuevas disciplinas competidoras, como la lingüística, la etnología, la semiología e incluso la sociología, también se ven alcanzadas en los fundamentos sociales de su existencia universitaria por la crítica que se alza desde todas partes, con gran frecuencia en nombre de las ciencias del hombre y a iniciativa de los docentes de esas disciplinas, contra el arcaísmo de sus contenidos y de sus estructuras pedagógicas. Este doble cues-

8 Cf. P. Bourdieu, Posfacio: “Éléments pour une critique ‘vulgaire’ des critiques ‘pures’”, *La distinction*, Paris, Éditions de Minuit, 1979, pp. 565-585 [“Elementos para una crítica ‘vulgar’ de las críticas ‘puras’”, *La distinción*, *op. cit.*].

tionamiento suscita entre los profesores que no han tenido suficiente olfato y suficiente audacia para operar la reconversión a tiempo, y en particular entre aquellos a quienes yo llamo los oblatos y que –destinados a la institución escolar desde la infancia misma– le están totalmente consagrados, reacciones a menudo patéticas de conservadurismo integrista mandadas a hacer para exasperar la revuelta de aquellos a quienes su capital y sus disposiciones llevan a romper, en el mismo movimiento, con la filosofía de institución y con la institución filosófica. Mucho antes de 1968 en realidad, la ruptura, que a veces adquiere aires de guerra civil, tuvo lugar entre los profesores que permanecieron apegados a la definición tradicional de la disciplina y a los fundamentos sociales de su existencia en tanto cuerpo social (como la agregación), y los miembros de la nueva vanguardia que pudieron encontrar entre los recursos inherentes a la pertenencia a una disciplina prestigiosa los medios necesarios para operar una reconversión exitosa y que son percibidos por los guardianes de la ortodoxia –que salieron, como ellos, del “gran seminario”– como traidores o renegados. Así como esos modernistas que, aunque prometidos a los más altos destinos universitarios por una consagración precoz y a menudo rutilante, se ven relegados, a menudo con su propia complicidad, a posiciones discordantes que los predisponen a sentir y a expresar, bajo una forma directa o trasladada, una crisis de la institución universitaria de la que su misma posición en la institución es la manifestación. Una crisis que afecta a una institución que tiene por función inculcar e imponer formas de pensamiento, debilita o arruina los fundamentos sociales del pensamiento, y conlleva una crisis de creencia, una verdadera *epoché* práctica de la doxa, que favorece y facilita la aparición de una conciencia reflexiva de esos fundamentos. Si la experiencia y la expresión de esa crisis tomaron en Francia una forma más radical que en otros lugares, se debe a que, debido al particular arcaísmo de una institución académica fijada en la ilusión de su grandeza, aquellos que habían sido consagrados por una institución en bancarota debían, para estar a la altura de las ambiciones que ella les había inculcado, romper con los roles irrisorios y en adelante insostenibles a los que ella los destinaba: se vieron conducidos así a inventar nuevas maneras, fundadas todas en la distancia reflexiva y en una suerte de doble juego con la definición ordinaria de la función, de consumir el personaje del maestro otorgándole la figura extraña de un maestro pensador que se piensa y, al hacerlo, contribuye a destruirse como tal.⁹

9. Asimismo, es una singularidad totalmente análoga de la institución académica encargada de formar y de consagrar a los pintores, y en particular la

Debido a sus disposiciones autocríticas y a su impaciencia en lo relativo a los poderes, y muy especialmente a los poderes que se ejercen en nombre de la ciencia, esos maestros capaces de fundar su maestría en un cuestionamiento de la maestría estaban preparados para entrar en resonancia con los movimientos que agitaban a la vanguardia ética y política del mundo estudiantil: víctimas de veredictos que, como los de la escuela, apelan a la razón y a la ciencia para vedar los caminos que (re)conducen al poder, los estudiantes de origen burgués escolarmente desclasados que pueblan las facultades de letras y especialmente las disciplinas nuevas, se inclinan espontáneamente a denunciar a la ciencia, al poder, al poder de la ciencia y sobre todo, tal vez, a un poder que, como la tecnocracia triunfante del momento, apela a la ciencia para legitimarse. Además, la nueva "vida estudiantil" que se inventa en facultades a menudo invadidas por una clientela incomparablemente más numerosa y más diversificada que en el pasado, de acuerdo con el origen social y sobre todo de acuerdo con el sexo (es hacia los años setenta cuando las chicas se vuelven tan numerosas como los muchachos en las facultades de letras), es una suerte de experimentación social a través de la cual, como en el siglo XIX en la "vida bohemia", se inventa un nuevo arte de vivir que les hace lugar a valores excluidos de la vieja universidad kantiana de la preguerra y todavía reprimidos por las disciplinas de internados que conducen a las "escuelas de elite": el deseo, el placer y todas las disposiciones antiautoritarias o, según el lenguaje de la época, "antirrepresivas", y tantos otros temas que, de Deleuze a Foucault, pasando por Derrida e incluso Althusser (con sus "aparatos ideológicos de Estado"), sin hablar de los heresiarcas menores, más directamente "de moda" en la nueva vulgata, serán poderosamente orquestados por toda la vanguardia filosófica.

Todo lo que se ha dicho aquí, sin complacencia, creo, ni malevolencia, implica, como se habrá comprendido, una buena medida de autoanálisis por procuración, al mismo tiempo que una distancia que sin duda la sociología ha favorecido pero que se afirma antes que nada en el hecho de abandonar la filosofía por las ciencias sociales —en un momento, evidentemente, en que, gracias a la rehabilitación que Lévi-Strauss aportó a la etnología, era posible hacerlo sin rebajarse demasiado—. Y el lugar que en mi trabajo ocupa una

concentración extraordinaria del poder de consagración y, por medio de éste, del acceso al mercado, entre las manos de los grandes dignatarios académicos, lo que explica, en buena medida, que la revolución de la que surgió la pintura moderna, con Manet y el impresionismo, haya aparecido en Francia antes que en ningún otro lugar.

sociología bastante particular de la institución universitaria se explica sin duda por la fuerza particular con la que se me impone la necesidad de dominar racionalmente, en lugar de rehuirlo con un resentimiento autodestructivo, el desencanto del oblato ante la futilidad o el cinismo de tantos prelados de curia y ante el tratamiento reservado, en la realidad de las prácticas, a las verdades y a los valores que profesa la institución y a los cuales, estando destinado a la institución, él estaba destinado y consagrado.

ENERO DE 1987